Universidad de Chile

El juego entre lo histórico y lo a-histórico en la II Intempestiva

Alumno: Raúl Robles
Profesor: Cristóbal Holzapfel.
Licenciatura en Filosofía.

rau.robles@hotmail.com

Nietzsche, cuando habla sobre la historia, lo hace en relación con la vida, lo hace identificando entre ambas una estrecha unión, donde la historia está o debe estar al servicio de la vida. Pero esto "no como la necesitaría un tropel de puros pensadores que no hacen más que asistir como espectadores a la vida, o individuos sedientos de saber […] sino, siempre y únicamente, con vistas a la vida y, por tanto, bajo el dominio y suprema dirección de la misma" (Nietzsche, 2000, p 69). También podríamos decir que ambos conceptos están en una especie de relación de simbiosis, en la que, como tal, se da una alimentación reciproca en la medida en que la vida posibilita la historia y viceversa. Sin embargo, si pretendemos ser más exactos aún, se debe considerar a la vida y a la historia como los extremos de una relación de identidad, es decir, debemos decir que vida e historia, sino no son lo mismo, por lo menos, se identifican altamente; pues, la historia es la vida "que fue" y, desde la perspectiva de Nietzsche, es una posibilitadora de la acción en la cual consiste el vivir. No obstante todo esto, la historia, concebida y aplicada de determinadas maneras en las que no debe ser concebida y aplicada, puede ser algo completamente perjudicial para la existencia, y por tanto, puede ser autodestructiva, al no producirse nueva historia, ya que no estará o no tendrá la vida las condiciones para aquello.

Es en su segunda consideración intempestiva, titulada *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, donde Nietzsche presenta el binomio que sintetiza la forma de vínculo que se puede dar entre vida e historia, el cual consiste en que esta última, bien entendida y así llevada a cabo, resulta útil para la vida (relación positiva); mientras que, mal entendida y así llevada cabo, resulta perjudicial para la vida (relación negativa). Si bien, aquí, se presenta la necesidad de historia como un conocimiento del pasado que apunta a su utilidad para la vida; también, en cierto grado, esta necesidad tiene otra cara, que se visualiza como necesidad de "olvido del pasado", al estar si o si condenados, por nuestra condición de seres humanos, a recordar. La historia es una herramienta, un algo positivo, siempre y cuando no se caiga en un "exceso" de ella, exceso que produzca un estancamiento de la vida. Siendo esto así, se debe entender la necesidad del pasado como una necesidad moderada que no interpone la historia en el camino de la vida, y menos aún la suplanta; entendiendo vida, valga la redundancia, como algo vivo, como "esa potencia oscura, impulsiva, insaciablemente ávida de si misma" (Nietzsche, 2000, p 65). Esta

concepción de vida, requiere para su existencia, tanto de lo histórico[1] como de lo ahistórico, o sea, requiere recordar y olvidar. Es más, Nietzsche mismo erige esta "doble necesidad" (recordar-olvidar) de lo histórico como "[…] la tesis que el lector está invitado a considerar: *lo histórico y lo ahistórico son igualmente necesarios para la salud de los individuos, de los pueblos y de las culturas*" (Nietzsche, 2000, p 40).

Cabe aclarar, que Nietzsche no ataca al historicismo[2] en si, sino que sus criticas van dirigidas a la manera en cómo este se da en su presente (finales del siglo XIX), esto es, como la característica dominante que le imprimiría a la cultura decimonónica su carácter distintivo y esencial (y así, también al hombre moderno): una época "histórica" por excelencia, en cuya cultura y educación, está fuertemente incorporada la historia, pero de una manera no sana. Esta forma perniciosa de entender la historia consiste en reducirla a fenómenos cognoscitivos que están en relación con la vida, pero, de forma que ese saber de lo pasado o la meta de ese recordar, pasa a ser un simple objeto de estudio, cuya única finalidad es él mismo, es decir, el puro conocimiento, y no la vida (produciendo una casi nula relación con esta última). Además, resulta igualmente pernicioso para la vida un exceso de historia, que termina por aplastar al presente.

Un exceso de historia provoca que el hombre esté constantemente consciente de su historicidad. Se produce la dominación del individuo o de un pueblo por parte de la conciencia histórica, y así, las fuerzas creativas se ven medradas hasta el aniquilamiento, por el hecho de saber que todo es efímero, y que dentro de ese todo, también están incluidas nuestras acciones. A este estado, que es en el que se encontraba el hombre moderno,

---

[1] Se entiende "histórico", como lo describe Gianni Vattimo en su *Introducción a Nietzsche*, o sea, como "lo que resulta de cuanto lo ha precedido y está destinado a dejar su lugar a lo que seguirá: así pues, un puro y simple punto en una línea, que se individúa únicamente en relación con los otros puntos […]" (Vattimo, 1990, p 38). Lo ahistórico, además de entenderlo como la negación de lo histórico, recién definido, se puede entender como, el mismo Nietzsche lo expresa en su segunda intempestiva: "Lo ahistórico es semejante a una atmósfera protectora, únicamente dentro de la cual puede germinar la vida y, si esta atmósfera desaparece, la vida se extingue […] Es el estado más injusto del mundo, limitado, ingrato hacia el pasado, ciego a los peligros, sordo a las advertencias, un pequeño torbellino de vida en medio de un océano congelado de noche y olvido" (Nietzsche, 2000, p 41-42).

[2] El historicismo es una tendencia filosófica que interpreta la realidad como un devenir, como un devenir histórico. De este modo, la vida o realidad humana, resulta ser el producto de la historia.

Nietzsche lo llama “enfermedad histórica”. Esta “enfermedad” provoca que nos convirtamos en epígonos o “discípulos del pasado” (este pasa a ser maestro y no solo un consejero o inspirador), de manera que solo se ve la posibilidad de lo nuevo en la medida en que no es pura y absolutamente nuevo, y si y solo si ya ha sucedido, pues todo suceso debe tener una razón de ser que responde a un curso racional (totalidad racional) que la historia sigue y siempre ha seguido, y que le entrega un sentido, un sentido correcto al acto presente, por estar este dentro de este todo racional que es la historia, y así, por tanto, asegurando la legitimidad de la acción que se lleva a cabo en el ahora (matando así la fuerza y la espontaneidad, eso que le da el carácter de “viva” a la vida). Esta objetividad que la ciencia histórica atribuía a la historia, crea según Nietzsche, la ilusión de que las cosas funcionan movidas por una inteligencia que no deja al azar la sucesión de eventos, y que, a partir de eso, podemos considerar que, una virtud tan estimada como la justicia, es realmente parte esencial de la naturaleza y de las relaciones humanas (pues según el orden racional, esto debe ser así). Esa falsa idea trae consigo la destrucción del instinto y de su potencial fuerza creadora.

Nietzsche reconoce cinco tipos de perjuicios que el exceso de historia puede ocasionar a la vida. Según él “en primer lugar, tal exceso provoca la oposición entre lo interno y lo externo, que anteriormente hemos analizado, y que debilita la personalidad; en segundo lugar, hace que una época se imagine que posee la más rara de las virtudes, la justicia, en grado superior a cualquier otra época; por otra parte, perturba los instintos del pueblo e impide que llegue a la madurez, tanto el individuo como el conjunto de la sociedad; implanta, también, la creencia, siempre nociva, en la vejez de la humanidad, la creencia de ser fruto tardío y epígono; finalmente, induce a una época a caer en el peligroso estado de ánimo de la ironía respecto a sí misma […]” (Nietzsche, 2000, p 81). De estos cinco perjuicios, Nietzsche considera de mayor relevancia al primero, es decir, al debilitamiento de la personalidad, pues, es el que, de manera patente, él reconoce en su tiempo, y el cual, además, ya tiene un antecedente en el pueblo romano[3].El hombre moderno, por el contexto que le fue dado para vivir, estaba inmerso en ese peligro, en el que, según Nietzsche, de

[3] “El romano de la época imperial perdió su esencia romana respecto al amplio mundo que estaba a sus ordenes, se perdió a sí mismo en la oleada de influencias extranjeras que llegaban a Roma y degeneró en medio del carnaval cosmopolita de dioses, artes y costumbres” (Nietzsche, 2000, p 82).

hecho cayó: el peligro de dejarse atrapar por las redes de ese exceso de historia al poseer una enorme "cantidad de pasado" y conocimiento de ese pasado, al cual no fue capaz de asimilar de una manera prudente que no provocara un completo reemplazo de su estilo propio o un debilitamiento de la personalidad, al tener que actuar o imitar cierta forma que, al reproducirse, reproduciría a la vez la grandeza que en el pasado vio la luz y que nos entrega la seguridad de lo que hay que pensar y hacer en determinada circunstancia, puesto que otros ya pensaron y actuaron así. De este modo, se desvaloriza el presente en su autenticidad, y por ende, se desvaloriza la vida o "lo que es" en a favor de la glorificación de "lo que no es" pues "ya fue".

El estar, la historia en relación vital con la vida, también implica una relación de la primera con el individuo. A este respecto, Nietzsche distingue tres modos en que la relación entre el hombre y el pasado se puede dar. Dice: "En tres aspectos pertenece la historia al ser vivo: en la medida en que es un ser activo y persigue un objetivo, en la medida en que preserva y venera lo que ha hecho, en la medida que sufre y tiene la necesidad de una liberación. A estos tres aspectos corresponden tres especies de historia, en cuanto se puede distinguir entre una historia monumental, una historia anticuaria y una historia crítica" (Nietzsche, 2000, p 49). La historia monumental tiene que ver con apreciar que "[…] la grandeza que un día existió fue, en todo caso, posible y, sin duda, podrá, otra segunda vez, ser posible" (Nietzsche, 2000, p 53) y así el hombre "anda su camino con paso más firme, pues la duda que lo asaltaba en momentos de debilidad, de si estaría tal vez aspirando a lo imposible, se ha desvanecido" (Ibíd., p 53). La historia concebida así, es un ejemplo del cual se puede extraer inspiración para las realizaciones del presente, o sea, para la realización de algo nuevo; y no debe entenderse como el ir al pasado en busca de formas que actúen como "moldes atemporales" o útiles en cualquier tiempo, en los que todo suceso deba obligadamente calzar. El pasado no es un conjunto de formas superficiales, que carezcan de contexto y de causas específicas, que puedan aplicarse tal cual son a cualquier otro suceso en cualquier otro momento como si fueran una especie de "efectos en si" que siempre se puedan reproducir cabalmente, en cualquier contexto. En cuanto a la historia anticuaria, esta tiene que ver con "quien preserva y venera, a quien vuelve la mirada hacia atrás, con fidelidad y amor, al mundo donde se ha formado […] Cultivando con cuidadoso esmero lo que subsiste desde tiempos antiguos, quiere preservar, para los que vendrán

después, aquellas condiciones en las que él mismo ha vivido −y así sirve a la vida" (Nietzsche, 2000, p 59) y "Este sentido anticuario de veneración del pasado tiene su más alto valor cuando infunde un sentimiento simple y conmovedor de placer y satisfacción a la realidad modesta, ruda y hasta penosa en que vive un individuo o un pueblo" (Ibíd., p 61). Pero, este tipo de historia suscita dificultades ya que "El sentido anticuario de un individuo, de una comunidad, de todo un pueblo, tiene siempre un campo de visión muy limitado […] No puede evaluar los objetos y, en consecuencia, considera todo igualmente importante, y por eso, da demasiada importancia a las cosas singulares […] todo lo antiguo y pasado que entra en este campo de visión es, sin más, aceptado como igualmente digno de veneración; en cambio, todo lo que no muestra, respecto a lo antiguo, esta reverencia, o sea, lo que es nuevo y esta en fase de realización , es rechazado y encuentra hostilidad" (Nietzsche, 2000, pp 62-63). Por último, en cuanto a la historia crítica, Nietzsche nos dice: "Para poder vivir, el hombre ha de tener la fuerza, y de vez en cuando utilizarla, de romper y disolver una parte de su pasado: esto lo logra trayendo ese pasado ante la justicia, sometiéndolo a un interrogatorio minucioso y, al final, condenándolo; todo pasado merece condenación − pues tal es la naturaleza de las cosas humanas: siempre la humana violencia y debilidad han jugado un papel importante" (Nietzsche, 2000, pp 64-65). Y, como es parte de la vida el recordar y el reflexionar, "Entonces se percibe con claridad qué injusta es la existencia de algo […] Es entonces cuando se examina el pasado desde un punto de vista crítico, entonces se ataca con el cuchillo a las raíces, entonces se salta sobre cualquier tipo de clemencia" (Nietzsche, 2000, pp 65-66). Pero esta critica del pasado conlleva algún grado de peligro, para la vida misma, en la medida en que "somos el resultado de generaciones anteriores, somos además el resultado de sus aberraciones, pasiones y errores y, también, sí, de sus delitos. No es posible liberarse por completo de esta cadena. Podemos condenar tales aberraciones y creernos libres de ellas, pero esto no cambia el hecho de que somos sus herederos […] cultivamos un nuevo hábito, un nuevo instinto, una segunda naturaleza, de forma que la primera desaparezca. Es, por así decir, una tentativa de darse *a posteriori* un pasado del que se querría proceder, en contraposición a aquel del que realmente se procede −una tentativa siempre peligrosa porque es difícil encontrar un limite en la negación del pasado y porque las segundas naturalezas son, generalmente, más débiles que las primeras" (Nietzsche, 2000, p 66).

Por los peligros o inconvenientes que el mal uso de la historia puede actualizar, es que, como se dijo, el hombre necesita del olvido, de la suspensión momentánea del pasado, aunque esto parezca una actitud limitada y vulnerable al error. Pero "los conocimientos y los sentimientos históricos pueden ser muy limitados, su horizonte estrecho como el de un habitante de un valle de los Alpes; en cada juicio puede cometer una injusticia, de cada experiencia puede pensar erróneamente que él es el primero en tenerla −y a pesar de todas las injusticias y todos los errores, se mantiene en tan insuperable salud y vigor que todos sentirán goce al mirarlo; en tanto, que a su lado, el que es mucho más justo e instruido que él, flaquea y se derrumba, pues las líneas de su horizonte se desplazan siempre de nuevo, de modo inquietante, porque él, atrapado en la red sutil de sus justicias y verdades, no vuelve a encontrar de nuevo el mundo elemental de deseos y aspiraciones"(Nietzsche, 2000, pp 40-41), y más importante aún "Habría, pues, que considerar a la facultad de ignorar hasta cierto punto la dimensión histórica de las cosas como la más profunda e importante de las facultades, en cuanto en ella reside el fundamento sobre el que puede crecer lo que es justo, sano, grande, verdaderamente humano" (Ibíd., p 41). Este grado de "inconsciencia" es vital para el individuo activo, que centra su atención y sus esfuerzos en la vida, pues la acción necesita de cierto ámbito delimitado, definido, de cierto campo de acción en donde realizarse sin la interrupción del "pensar el pasado" que, como el pensar en general, detiene el actuar. El hombre activo debe ser capaz de "bloquear" el pasado (también el futuro) y actuar con las capacidades en un cien por ciento puestas en dirección al presente. El circunscribirse al presente es una condición esencial de este tipo de hombre, ya que "La historia pertenece, sobre todo, al hombre de acción, al poderoso, al que libra una gran lucha y tiene necesidad de modelos, de maestros, de confortadores que no puede encontrar en su entorno ni en la época presente" (Nietzsche, 2000, p 49), hombre que "actúa sin conciencia, también actúa sin conocimiento, olvida la mayor parte de las cosas para realizar sólo una, es injusto hacia todo lo que lo precede y no reconoce más que un derecho: el derecho de lo que ahora va a nacer" (Ibíd., p 43). En esta misma línea, Nietzsche afirma que "Quien no es capaz de instalarse, olvidando todo el pasado, en el umbral del momento, el que no pueda mantenerse recto en un punto, sin vértigo ni temor, como una Diosa de la Victoria, no sabrá qué cosa sea la felicidad y, peor aún, no estará en condiciones de hacer felices a los demás" (Nietzsche, 2000, p 38). Así, algo tan trascendental como la felicidad, sólo es posible

mientras sintamos ahistoricamente. Toda dicha, ya sea grande o pequeña, es posible en la medida en que podemos olvidar. Por lo tanto, “Toda acción requiere olvido: como la vida de todo ser orgánico requiere no sólo la luz sino también la oscuridad” (Nietzsche, 2000, p 38).

Sin embargo, no es bueno un total olvido del pasado, pues, “esta misma vida, que requiere olvidar, exige una suspensión temporal de ese olvido” (Nietzsche, 2000, p 65). Así, en cierto grado, el recordar es necesario para la vida. A este “olvidar” es fundamental darle límites, hacerlo momentáneo o inconstante, aunque un completo y absoluto olvido de lo ya suscitado y un radical “vivir solo el presente”, le es imposible al ser humano, ya que entonces, sería como el resto de las bestias que habitan el mundo. Pero, el punto es que se debe circunscribir el olvido a cierto grado, pues, como ya se afirmó, a pesar de ser imposible una existencia absoluta del recordar, este si puede estar presente en el hombre en la medida justa (pero excesiva en relación con hombre) para hacerle un daño a él, al presente y a la vida. El concepto de exceso o exageración en cuanto a la historia proporcionada al hombre, viene delimitada por la “aprobación” que de lo dado por el pasado haga, lo que Nietzsche denomina como “fuerza plástica” o “esa fuerza para crecer de la propia esencia, transformar y asimilar lo que es pasado y extraño, cicatrizar las heridas, reparar las perdidas, rehacer las formas destruidas” (Nietzsche, 2000, p 39). Esta fuerza indicaría qué debe ser permitido y que no de lo que la ciencia histórica nos proporciona. Luego, se requiere de la apropiación del pasado, pero no de manera intelectual, sino en la ejecución concreta, por parte del individuo que “vive en el presente”, del suceso ya acaecido. Además, esta fuerza, esta relacionada, en gran medida, con la personalidad del individuo, por lo que, esta también entra en juego, al ser la personalidad la que nos brinda (o no) la fuerza para soportar el exceso de conocimiento histórico ante el cual podríamos sucumbir. A este respecto, Nietzsche identifica dos tipos de hombre. El primero, es de aquellos que posee minimamente esa fuerza y al cabo de “[…] una sola experiencia, de un único dolor y, con frecuencia, de una sola ligera injusticia, se desangran irremisiblemente como de resultas de un leve rasguño” (Nietzsche, 2000, p 39). El otro tipo de hombres es de aquellos que, al contrario del anterior, son “[…] invulnerables a las más salvajes y horribles desgracias de la vida […] (y) logran un pasable bienestar y una especie de conciencia tranquila” (Ibíd., p 39).

A modo de síntesis y conclusión, se puede afirmar que Nietzsche está consciente de que es parte del momento particular de la historia universal y de que esa época (su época) está en crisis, de modo que sus creaciones teóricas ya expuestas, se ajustaban a ese presente. Otro punto dice relación con hecho de que al estar (o deber estar) al servicio de la vida, la historia sirve a algo no histórico, por lo que no puede ser una verdadera "ciencia pura". Finalmente, la apropiación del pasado, al servirle al presente, a su vez, también le es útil al futuro.

Referencias bibliográficas

Dujovne, León (1957), *La filosofía de la historia: de Nietzsche a Toynbee*. Buenos Aires: Galatea: Nueva Visión.

Echeverría, Rafael (2010), *Mi Nietzsche: la filosofía del devenir y el emprendimiento*. Santiago, Chile: J. C. Sáez.

Nietzsche, Friedrich (2000), *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Madrid: Edaf.

Seymour, Guillermo (1977), *La utilidad de la historia en Nietzsche*. Santiago, Chile: Tesis de licenciatura en historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Vattimo, Gianni (1990), *Introducción a Nietzsche*. Barcelona: Ediciones Península.